B. Martín Sánchez

LA BUENA NOTICIA

¡No todo termina aquí!
Estamos destinados a una felicidad eterna.

No tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna.
(Heb. 13, 14.)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 34 - 41003 SEVILLA

D.L. GR. 801-97
ISBN 84-7770-369-8
Impreso en CGA
Printed in Spain
Impreso en España

PRESENTACION

Este pequeño libro va fundamentado en la Biblia y, como la Biblia contiene y es la palabra de Dios, veremos que es el mismo Dios el que nos habla y asegura que hay otra vida feliz y eterna a la que estamos destinados.

No faltan incrédulos que digan: «Nadie ha venido del otro mundo a decirnos esto»; mas les diremos que están muy equivocados, pues ¿quién no sabe que vino el mismo Dios que se hizo hombre y habitó entre nosotros y que Dios hecho hombre es JESUCRISTO?

Jesucristo es una persona histórica, que nació en Belén de Judá en tiempos del rey Herodes, siendo gobernador romano Poncio Pilato. De Él nos hablan los Evangelios y también es mencionado por varios historiadores como Flavio Josefo, Tácito y otros, y Él es el que nos demostró que era Dios con sus grandes milagros y profecías. ¿Quién ha habido jamás en este mundo que pueda con una palabra resucitar muertos, dar vista a los ciegos y curar toda clase de enfermedades e incluso resucitar a sí mismo, como lo hizo Jesucristo?

Los Evangelios, que conservamos como libros históricos, íntegros y verídicos, son los que nos hablan de «la Buena Noticia» o la mejor de las noticias, por cuanto en ellos Jesucristo es el que nos anuncia que estamos destinados a una felicidad eterna.

Jesucristo nos habla claramente diciendo que

no todo termina aquí con la muerte temporal, si no que nuestra alma es inmortal y continúa viviendo. *«No temáis,* nos dice, *a los que matan el cuerpo, que el alma no la pueden matar...»* (Mt. 10, 28). También la Escritura Santa nos dice que nuestro cuerpo *«volverá a la tierra de donde salió y el espíritu o alma retornará a Dios que le dio el ser.»* (Ecl. 12, 7) y que un día tendrá lugar la resurrección universal de nuestros cuerpos (Jn. 5, 28-29; 1 Cor. 15.)

Hay, pues, otra vida después de ésta, hay cielo o dicha eterna como premio para los que sirven y aman a Dios, y la dicha eterna que Jesucristo nos promete en su Evangelio encierra en sí una felicidad indescriptible.

Espero que estas ideas, que me he movido a plasmar en el presente folleto, debido a unas conferencias organizadas por la nueva Congregación «La Obra de la Iglesia» y promotora de las mismas (pues se propone desprendernos de la tierra y que pongamos más nuestro pensamiento en el cielo por ser nuestra Patria definitiva) hagan mucho fruto en todos mis lectores. Este es mi deseo.

Benjamín MARTIN SANCHEZ

Zamora, 31 marzo 1985.

LOS GRANDES PROBLEMAS DEL HOMBRE

¿De dónde vengo?
¿A dónde voy?
¿Para qué estoy en el mundo?

He aquí tres interogantes transcendentales. El gran Pontífice Pío XI dijo: «Los gravísimos problemas que siempre han preocupado profundamente al género humano son los de su origen y de su fin; de dónde viene el hombre y a dónde va»; pero ¿quiénes piensan en esto?

El mismo Pontífice añadió: «Hay en la actualidad una enfermedad gravísima, propia de la edad moderna, y es la ligereza y falta de reflexión, que trae extraviados a los hombres. De aquí la disipación continua, la insaciable codicia de las riquezas, placeres y honores... que los enredan en estas cosas terrenas y transitorias, y no los dejan elevarse a la consideración de las verdades eternas, ni aun del mismo Dios, único principio y fin de todo el universo creado.»

¿Cómo curar esta enfermedad? Precisamente con la consideración de estas verdades, que por ser eternas son siempre permanentes y estables. Los hombres pasan, pasan los regímenes y pasarán las monarquías y las democracias para volverse a establecer con carácter transitorio, pero lo que no pasa ni cambian jamás son estas verdades eternas, pues serán siempre inmutables, como eterno e inmutable es Dios que las ha revelado.

Los tres interrogantes dichos serán, por tanto, siempre actuales. Empecemos por reflexionar sobre ellos.

1.º ¿De dónde vengo?

Cada uno debe hacerse esta pregunta: ¿De dónde vengo yo? Hace cien años yo no existía, ni existía la generación presente, y dentro de 50 o pocos más años existirá otra nueva generación. Como dice el Eclesiastés: «Una generación pasa y otra le sucede, mas la tierra siempre permanece» con relación a las generaciones que pasan (1, 4).

¿Quién me ha puesto a mí en el mundo? Si nos remontamos a la primera página del Génesis veremos que «*Dios creó el cielo y la tierra*» (Gén. 1, 1) «*y cuanto hay en ellos*» (Sal. 24, 1).

Dios es el creador del mundo y del hombre. Yo por tanto soy hechura de Dios. Dios sirviéndose de mis padres, me dio el cuerpo. El creó luego mi alma, y tuvo lugar mi nacimiento a la vida temporal. En la Biblia leemos: «*Sabed que Yahvé es Dios; El nos hizo y somos suyos*» (Sal. 100, 3). Vengo, por tanto, de Dios.

2.º ¿A dónde voy?

El hombre es un viajero. Bien podemos decir que viene de Dios y a Dios va, según aquella frase de la Escritura: «*el cuerpo volverá a la tierra de la cual ha sido formado, y el espíritu volverá a Dios que le dio el ser*» (Ecl. 12, 7). Yo sé que hace

50, 60, 80 años que no existía (y esto lo podrá decir cada uno según su edad), y dentro de poco o pocos más no existiré. «*Pocos son los años que me restan, y es sin vuelta el camino por donde voy*» (Job 16, 22).

El hombre en este viaje busca la felicidad, pues es un hecho cierto que todos queremos ser felices. En nuestro corazón existen ansias de felicidad, y todos soñamos en ella, y la buscamos, pero ¿dónde está?

Los hombres suelen poner la felicidad en las riquezas, los honores y los placeres. Los que aspiran a enriquecerse, aunque lleguen a poseer toda clase de riquezas y de honores y posean fincas, palacios y los millones que deseen, ¿acaso no los vemos cercados de alguna enfermedad, dolor, inquietud y ansiedad? ¿Será feliz el hombre poseyendo todos los bienes de la tierra? Imposible. Siempre hay algo que le hastía, algo que le deja el corazón vacío y no le llena, y siempre anhela más y más..., y así va caminando de ilusión en ilusión y de desengaño tras desengaño.

Tenemos ejemplos elocuentes. Veamos algunos:

— *A Salomón*, según refiere la tradición, se le consideró como al rey más feliz que gozó de los mayores honores y de los mayores bienes y de toda clase de placeres, y él mismo confesó que donde parecía encontrarse la felicidad no halló sino vanidad, y así exclamó: «*Vanidad de vanidades todo vanidad*». El Kempis añadiría: «Vanidad de vanidades y todo vanidad, fuera de amar a Dios y servirle».

— *A San Agustín* (como tantos otros hastiados de los placeres de la tierra), abriendo un día la Biblia por la Carta a los Romanos, leyó: «*No en comilonas, ni en embriagueces y deshonestidades*» (Rom. 13, 13-14), y dice él en su libro de las Confesiones: No fue necesario leer más. Mi corazón estaba vacío y hastiado de los placeres de la tierra, y tendiendo su mirada al cielo exclamó: «Nos hiciste Señor para Ti e inquieto está nuestro corazón mientras no descanse en Ti».

— *A Eva Lavaliére*, joven actriz de estos últimos tiempos, a quien el público de París idolatraba y la prensa la declaraba sin par, ¡la única!, cuando corría tras los placeres y las diversiones del mundo, decía a su amiga en la intimidad: «Leo, tengo cuanto se puede ambicionar en este mundo para ser feliz, tengo oro, autos y joyas..., y sin embargo soy la más desgraciada de las mujeres». En el mundo todo lo había encontrado MENOS... la felicidad.

Un día mirando hacia el cielo acertó con la senda de la felicidad, que en vano había buscado por los caminos del mundo, y entonces vuelta a Dios por una confesión general de sus pecados y por el arrepentimiento de su mala vida, fue cuando se le oyó exclamar: «Nunca he sido más feliz como el día que encontré a mi Dios».

3.º ¿Para qué estoy en el mundo?

¿Cuál es mi fin? Los hombres que no piensan en el más allá, los apegados a este mundo llaman «bienaventurados a los ricos, a los que poseen muchos bienes y ríen y se divierten...». ¿Y podre-

mos llamar felicidad el disfrutar unos días de esta vida y luego morir y dejar aquí las riquezas y todo? Si su felicidad se limita con la muerte, ¿cómo podrán llamar felicidad lo que no es eterno? El hombre ciertamente no ha nacido para los bienes de este mundo, y, por tanto, no son su fin, pues si él hubiera nacido para ellos, ¿por qué muere?, ¿por qué se le quitan de las manos quiera o no quiera?

Andamos muy equivocados si creemos que estamos en el mundo para acaparar riquezas y luego dejárselas a otros con gran pena para que ellos disfruten a costa de nuestros sudores. ¡Cuánta vanidad! No pongamos nuestra felicidad en la tierra, en esta vida tan corta, pues si no esperamos en una vida más allá de la presente, seríamos, como dice San Pablo «*los más miserables de todos los hombres*» (1 Cor. 15, 19).

Dios ha puesto en el corazón humano ansias infinitas de felicidad. Luego el hombre ha nacido para cosas mayores, por cuanto no se sacia con las cosas de aquí abajo.

Nuestro corazón tiene forma triangular y el mundo es redondo y por eso no se adecúa perfectamente a él, lo que quiere decir que ni todo el oro del mundo ni todos sus placeres pueden hacernos felices. ¿Cuánto tiempo disfrutarán los que poseen riquezas y palacios y muchísimos bienes de todas las clases? Bien podemos decir: «Palacios, fincas de recreo, ciudades, casas, tierras, oro y plata, decidme: ¿Cuántos dueños habéis tenido? ¿Cuántos tendréis todavía?...»

En consecuencia: Nuestra felicidad no está en la tierra, no está en este mundo, está *en Dios in-*

finito y eterno, que ha puesto en nosotros aspiraciones infinitas, y sólo El por poderlas colmar es nuestro último fin.

Y esto es lo que dijo San Agustín: «Nos hiciste, Señor, para Ti, e inquieto está nuestro corazón, mientras no descanse en Ti».

La Escritura Santa nos dice: «*Dios señaló al hombre un número contado de días, y le dio dominio sobre la tierra, y le dio inteligencia, lengua, oídos y ojos para que viera la grandeza de sus obras, para que alabara su santo Nombre y pregonara la grandeza de sus obras. Y les dijo: Guardaos de toda iniquidad*» (Eclo. 3, 7 ss.).

Con parecidas palabras el libro sagrado del Eclesiastés nos dice: «*Teme a Dios y guarda sus mandamientos, pues esto es el hombre todo*» (Ecl. 12, 13), es decir, esta es la razón de ser del hombre, éste es su fin, para esto está en el mundo y para esto ha sido creado: para conocer, alabar y servir a Dios mediante el cumplimiento de su santa Ley en esta vida y después ser eternamente feliz con El en el cielo.

La felicidad temporal y eterna ¿dónde está?

Un día dijo Dios por medio de Moisés a su pueblo:

¡Oh!, si siempre me temieran y guardaran mis mandamientos, para ser siempre felices ellos y sus hijos (Dt. 5, 29).

Ved, Yo os pongo hoy delante bendición y maldición: la bendición, si cumplís los mandamientos de Yahvé, vuestro Dios, que os prescribo hoy; la maldición, si no los cumplís (Dt. 11, 26-28).

La felicidad temporal y eterna la hallará aquel que va por el camino de los mandamientos de Dios.

1. *La temporal*, porque yendo por ellos, el resultado será éste:

Sembraréis poco y recogeréis mucho, yo daré a vuestra tierra la lluvia a su tiempo... y tú cosecharás tu trigo, tu mosto y tu aceite abundante..., si amas a Yahvé, tu Dios, sirviéndole de todo corazón y con toda vuestra alma; de lo contrario, sembraréis mucho y cosecharás poco... y no habría más lluvia y la tierra no daría su fruto... (y todo os iría mal)... (Dt. 11, 13-18; 28).

2. *La felicidad eterna* es el fin o término del cumplimiento de la ley de Dios, pues sólo por el camino de sus mandamientos se llega a la salvación eterna, así lo dice Jesucristo:

Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los Mandamientos (Mt. 19, 17).

Dios dice: «*He aquí que pongo ante vosotros dos caminos: la vida con el bien, la muerte con el mal; pues lo que hoy te mando, es que ames a Yahvé, tu Dios, andando sus caminos y guardando sus mandamientos...*

»*Yo invoco hoy por testigos a los cielos y la tierra de que os he propuesto la vida y la muerte, la bendición y la maldición. Escoge la vida para que vivas*» (Dt. 30, 15-19).

Está claro que la guarda de los mandamientos conduce a la felicidad eterna, y si Jesucristo nos lo ha revelado, no podemos ponerlo en duda. Antes de hablar de la felicidad verdadera a que es-

tamos destinados, veamos lo que nos dice el libro de la Sabiduría de la manera de pensar de los impíos, y de su suerte y de la de los justos.

Los impíos niegan la vida eterna

Los impíos viven como si no existiese otra vida, pues dicen que todo termina con la muerte y por eso cifran su felicidad en los estrechos límites del tiempo y buscar el gozar lo más posible en esta vida. «*Pues se dijeron a sí mismos discurriendo sin juicio: "Corta y dura es nuestra vida, y no hay remedio con la muerte del hombre; ni se ha conocido a nadie que haya vuelto del otro mundo. Por acaso hemos nacido, y después de esta vida seremos como si nunca hubiésemos sido. La respiración de nuestras narices es humo y el pensamiento es una centella del latido de nuestro corazón.*

"Extinguido éste, quedará nuestro cuerpo reducido a cenizas, y el espíritu se disipará como ténue aire. Nuestra vida se desvanecerá como una nube que pasa, y se disipará como niebla que es herida por los rayos del sol, y a su calor se desvanece. Caerá en el olvido nuestro nombre, sin que quede memoria de nuestras obras. Pues una sombra fugaz es nuestra vida y sin retorno nuestro fin; porque queda puesto el sello, y nadie vuelve atrás".» (Sab. 2, 1-5).

Los impíos corren tras los placeres

«*Venid, pues, y gocemos de los bienes presentes, démonos prisa a disfrutar del mundo en nues-*

tra juventud. Hartémonos de vinos exquisitos y de olorosos perfumes, y no dejemos pasar la flor de la edad.

»Coronémonos de rosas antes que se marchiten; no haya prado que no huelle nuestra voluptuosidad. Quede por doquier rastro de nuestras liviandades, porque ésta es nuestra porción y nuestra suerte.»

Los impíos odian al justo

«Oprimamos al justo desvalido... Pongámosle asechanzas que nos fastidia, y se opone a nuestra manera de obrar; nos echa en cara los pecados contra la ley; y nos desacredita, divulgando nuestra conducta. Pretende tener la ciencia del Señor y llamarse hijo de Dios.

»Es censor de nuestros sentimientos; hasta el sólo verlo nos es insoportable, porque no se asemeja su vida a la de los otros, y sigue una conducta muy diferente. Nos mira como a gente frívola, se abstiene de nuestros usos como de inmundicias; ensalza el fin de los justos y se gloria de tener a Dios por Padre... Probémosle con ultrajes y tormentos, y veamos su mansedumbre, y probemos su paciencia. Condenémosle a muerte afrentosa; pues, según dice, hallará protección.

»Estos son los deseos de los impíos; pero se equivocan porque los ciega su maldad, y desconocen los secretos de Dios, ni esperan premio de la religión, ni estiman la gloriosa recompensa de las almas puras...» (Sab. 2, 10-22).

Felicidad de los justos

En cambio, las almas de los justos está en las manos de Dios, y ningún tormento las alcanza. A los ojos de los necios pareció que morían; y su tránsito se miró como una desgracia, y como un aniquilamiento su partida de entre nosotros; mas ellos reposan en paz. Y si delante de los hombres han padecido tormentos, su esperanza está llena de inmortalidad.

Su tribulación ha sido ligera, y su galardón será grande, porque Dios los probó y los halló dignos de sí. Como el oro en el crisol los probó y los aceptó como víctima de holocausto. Al tiempo de su recompensa brillarán...; juzgarán a las naciones y dominarán a los pueblos, y Dios será su rey eternamente.

Pero los impíos, conforme a sus pensamientos tendrán castigo, pues despreciaron al justo y apostataron del Señor. Porque desdichado es el que desprecia la sabiduría y la instrucción, y vana es su esperanza, sin fruto sus trabajos e inútiles sus obras (Sab. 3, 1-11).

Lamento de los condenados. (Sab. 5)

Entonces estará el justo con gran seguridad
en presencia de quienes le persiguieron
y menospreciaron sus trabajos.
Y al verlo se turbarán con terrible espanto
y quedarán fuera de sí ante lo inesperado de aque-
[lla salud.
Arrepentidos dirán para sí,

gimiendo por la angustia:
«Este es el que algún tiempo tomamos a risa
y fue objeto de nuestro escarnio.
Nosotros, insensatos, tuvimos su vida por locura,
y su fin por deshonra,
¿Cómo es contado entre los hijos de Dios,
y tiene su puesto entre los santos?
Luego erramos el camino de la verdad,
y la luz de la justicia no nos alumbró,
y el sol no salió para nosotros.
Nos cansamos de andar por las sendas de la ini-
[quidad y la perdición
y caminamos por desiertos intransitables,
y el camino del Señor no lo atinamos.
¿Qué nos aprovechó nuestra soberbia,
y qué ventaja nos trajeron la riqueza y la jac-
[jactancia?

El verdadero aspecto de la vida

Pasó como sombra todo aquello
y como noticia fugaz.
Como nave que atraviesa las agitadas aguas,
sin dejar rastro de su paso
ni del camino de su quilla por las olas.
O como aves que vuelan por los aires
sin dejar señal de su camino,
pues si baten el aire con sus alas
y lo cortan con la violencia de su ímpetu,
y se abren camino con el movimiento de las alas,
después ya no se halla señal de su paso;
o como flecha que se tira al blanco,
que aunque hienda el aire, luego éste se vuelve
[a cerrar,

y no se conoce por donde pasó;
así también nosotros, en naciendo, morimos;
sin poder dar muestra alguna de nuestra virtud,
nos extinguimos en nuestra maldad.»
Sí, la esperanza del impío
es como brizna arrebatada por el viento,
como ligero vapor deshecho por el huracán,
como el humo que disipa el viento,
cual recuerdo del huésped de un día que pasa de
[largo.

El triunfo de los justos

Pero los justos viven para siempre,
y su recompensa está en el Señor
y el cuidado de ellos en el Altísimo.
Por esto recibirán un magnífico reino
y una hermosa corona de mano del Señor,
que con su diestra los protege
y los defiende con su brazo como con escudo.
Toma su celo como armadura,
y armará a las criaturas todas para rechazar a
[sus enemigos;
Vestirá por coraza la justicia
y se pondrá por yelmo el sincero juicio;
embrazará por escudo una santidad invencible
y afilará su fuerte cólera cual espada,
y todo el universo luchará con Él contra los in-
[sensatos.

¿Qué nos dice Jesucristo de la otra vida?

Jesucristo repite con frecuencia que hay otra vida bienaventurada después de ésta, que no nos

apeguemos a las cosas de la tierra, porque aquí no está la verdadera felicidad, y que trabajemos con la mira de atesorar para el cielo, y así dice: «*No alleguéis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín los corroen y donde los ladrones los horadan y roban... Atesorad tesoros en el cielo... Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón*» (Mt. 6, 19-21).

«*A los ricos de este siglo encárgales que no sean altivos, ni pongan su confianza en la incertidumbre de las riquezas, sino en Dios, que abundantemente nos provee de todo para que disfrutemos, practicando el bien, enriqueciéndonos de buenas obras, siendo liberales, dadivosos y atesorando para el futuro con que alcanzar la verdadera vida*» (1 Tim. 6, 17-19).

«*Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura*» (Mt. 6, 33).

A los que no piensan en la otra vida y ponen su felicidad en ésta, Jesucristo les amonesta diciendo: «*Guardaos de toda avaricia, porque aunque se tenga mucho, no está la vida —la felicidad— en la hacienda. Y les dijo una parábola: Había un hombre rico, cuyas tierras le dieron una gran cosecha. Comenzó él a pensar dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, pues no tengo donde encerrar mi cosecha? Y dijo: Ya sé lo que voy a hacer; derribaré mis graneros y los haré más grandes, y almacenaré en ellos todo mi grano y mis bienes, y diré a mi alma: Alma, tienes muchos bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe, regálate. Pero Dios le dijo: Insensato, esta misma noche te pedirán el alma, y todo lo*

que has acumulado, ¿para quién será? Así será el que atesora para sí y no es rico ante Dios» (Lc. 12, 15-21).

Muchos no poseerán el reino de Dios, y esto será lo más triste, y ¿quiénes serán éstos? Oigamos las palabras de Dios: «*¿No sabéis que los injustos no poseerán el reino de Dios? No os engañéis: Ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los avaros, ni los ebrios, ni los maldicientes, ni los rapaces poseerán el reino de Dios»* (1 Cor. 6, 9-10).

Pero lo que sigue es consolador para los que arrepentidos se han apartado de tales vicios o pecados: «*Y algunos de vosotros esto erais* (andabais en los mismos vicios), *pero habéis sido lavados; habéis sido santifcados* (por el bautismo), *habéis sido justificados* (por el sacramento de la penitencia) *en el nombre del Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios»* (1 Cor. 6, 11).

Jesucristo quiere que salgamos del pecado y nos pongamos en el camino de la salvación o vida eterna. El nos habla de la otra vida al decirnos que hay cielo y hay infierno, y así nos dice: «*Irán éstos* (los impíos) *al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna»* (Mt. 25, 41 ss.).

Con la muerte terminan las cosas de esta vida; mas el alma inmortal sigue viviendo, pues «*Dios creó al hombre para la inmortalidad»* (Sab. 2, 33). En el más allá de la muerte tenemos una ciudad estable. Como nos dice el apóstol: «*Somos peregrinos y huéspedes sobre la tierra... No tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna»* (Heb. 11, 13; 13, 14).

La Escritura Santa nos dice que después de

la muerte hay un juicio: «*Está decretado que los hombres mueran una vez, y después de esto el juicio*» (Heb. 9, 27), pues «*todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo, para que reciba cada uno según lo que hubiere hecho por el cuerpo, bueno o malo*» (2 Cor. 5, 10).

Jesucristo infundió a sus discípulos una cierta esperanza en el más allá al decirles: «*Cuando me vaya y os prepare sitio, vendré otra vez y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo, estéis también vosotros*» (Jn. 14, 3).

La Escritura nos habla del cielo o vida futura

Es de fe que el cielo o bienaventuranza eterna existe. Esta es una verdad de las más claras que hallamos revelada en la Biblia. San Agustín nos lo dice así. «Toda la Sagrada Escritura nos exhorta a desprendernos de la tierra y a dirigir nuestras miradas al cielo en donde se halla la verdadera y suprema felicidad».

A los pobres en el espíritu, a los que tienen el corazón desprendido de las riquezas (aunque estén rodeados de millones, que saben emplear en el apostolado del bien), a los que sufren persecución por ser justos, o sea, buenos y santos, a los que les toca llorar y sufrir, a los limpios de corazón..., ya los llama Jesucristo felices y bienaventurados, porque de ellos es el reino de los cielos, y les anima a vivir alegres en medio de las tribulaciones y sufrimientos de esta vida: «*Alegraos*, les dice, *en aquel día y regocijaos, pues vuestra recompensa será grande en el cielo*» (Lc. 6, 23; Mt. 5, 3-12).

Notemos que no dice Jesucristo: «Bienaventurados los ricos», los que gozan de placeres en este mundo, porque ellos ya ponen su dicha en la tierra como si fueran eternos y no piensan en el más allá, donde está la verdadera felicidad..., y si mueren sin arrepentimiento tendrán que oír un día como el rico epulón: «*Acuérdate de que recibiste ya tus bienes en vida y Lázaro recibió males, y ahora él es aquí consolado y tú eres atormentado*» (Lc. 16, 25).

Los cristianos «*vivimos con la esperanza de que un día como hijos de Dios apareceremos con Cristo en aquella gloria*» (Col. 5, 4).

«*Sabemos que si esta casa terrestre en que habitamos viene a destruirse, nos dará Dios en el cielo otra casa, no hecha de mano de hombre*» (2 Cor. 5, 1).

«*Los justos vivirán eternamente ,y su galardón está en el Señor*» (Sab. 5, 16).

Vivimos con la esperanza de «la Buena Noticia»

Los cristianos viven con una firme esperanza de conseguir el cielo o vida eterna, y ¿por qué viven con esta esperanza si no han visto la otra vida? Sencillamente porque Dios omnipotente y bueno nos la ha prometido, y porque El es fiel en sus promesas y no miente (Tit. 1, 1-2).

«*Esta es la promesa que El nos hizo, la vida eterna*» (1 Jn. 2, 25).

«*Nuestra vida es pura esperanza, después será gloria eterna*». «*Mantengámonos firmes en la esperanza, porque es fiel el que la ha prometido*» (Heb. 10, 23).

«El que espera en Dios es feliz» (Prov. 16, 20). *«¡Oh, Señor, en Ti tengo puesta mi esperanza no quede yo para siempre defraudado»* (Sal. 31, 1). *«Dios por su misericordia nos ha regenerado con una viva esperanza, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos para alcanzar una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, que nos está reservada en el cielo»* (1 Ped. 1, 3-4). *«Espera en el Señor y practica el bien»* (Sal. 37, 3).

El labrador vive con la esperanza de recoger el fruto de la tierra que ha sembrado (Sant. 5, 7-8); así nosotros hemos de vivir esperando aquella vida bienaventurada que Dios ha prometido dar a los que no abandonan su fe, y debemos esperarla con fe viva porque es la «buena y gran noticia» que el Señor vino a traernos a la tierra. A este fin hemos de vivir *«como ciudadanos del cielo, de donde asimismo esperamos al Salvador, nuestro Señor Jesucristo»* (Fil. 3, 20).

Así nos lo enseñan los santos, como un San Pablo que decía: *«Deseo morir para estar con Cristo»* (Fil. 1, 23). El estaba persuadido que inmediatamente después de la muerte vería a Cristo, no precisamente en cuanto hombre, sino en cuanto Dios.

San Esteban, según comenta San Gregorio Nazianceno, en el momento de su muerte, nada veía de lo que pasaba a su alrededor, pero veía a Jesucristo.

Santa Teresa de Jesús también suspiraba por el cielo, y decía como San Pablo: «Vivo sin vivir en mí» y «tan alta vida espero que muero porque no muero». Le parecía ya «larga esta vida y la

cárcel del cuerpo en que el alma está metida...», y lo que esperaba era la otra vida...

San Francisco de Asís dijo: «Sacad, Señor, mi alma de esta cárcel, para que alabe vuestro Nombre...»

Nuestra felicidad no está en las cosas pasajeras de la tierra, sino en las cosas eternas del cielo. Como dice el verso popular:

> No he nacido para el suelo,
> que es morada de dolor.
> Yo he nacido para el cielo,
> yo he nacido para Dios.

¿Cómo hemos de vivir ahora para lograr la felicidad eterna?

1.º *Cumpliendo los mandamientos*. Este es uno de los medios principales que tenemos para alcanzar la vida eterna. Jesucristo lo dijo así: «*Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos*» (Mt. 19, 17), y ¿qué nos dicen los mandamientos de Dios? Ama a Dios sobre todas las cosas, ama a tu prójimo como a ti mismo, santifica las fiestas, no mates, no robes, sé casto... Este es el camino que conduce, como ya tenemos dicho, a la verdadera felicidad: la vida eterna.

A la guarda de los mandamientos hemos de añadir la práctica de las *bienaventuranzas* (Mt. 5, 3-1). Jesús llama «felices» a los que el mundo llama «desgraciados», y sin embargo el mundo reconoce dentro de sí que Jesús tiene razón, y que todas las desdichas que ahora azotan al mundo tienen por causa no practicar las «bienaventu-

ranzas», sin las cuales no será posible conseguir el reino de los cielos.

2.° *Practicando la caridad cristiana.* Este es otro medio de los conducentes a la vida eterna, o sea, el desprendimiento del corazón de las riquezas y hacer obras de caridad, pues por ellas Dios nos tiene preparado su reino eterno, y así nos lo dice Jesucristo: «*Entonces dirá el Rey a los que están a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo, porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; desnudo y me vestisteis... Y le responderán los justos: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, sediento y te dimos de beber?... Y el Rey les dirá: En verdad os digo que cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a Mí me lo hicisteis...*» (Mt. 25, 34-46).

De aquí que nuestra dicha terrena esté en venerar en los pobres, en los enfermos, en los que sufren..., a Jesús, porque El se esconde bajo el harapo de los pobres y necesitados, ya que El dice: «*lo que hacéis a uno de estos, a Mí me lo hacéis*» (Mt. 25, 40).

San Juan Crisóstomo comenta: «Jesucristo quiere que le alimentéis; quiere que le déis vestidos para vestiros. Despreciad, pues, el dinero para no ser despreciados; para llegar a ser ricos, dad con largueza; para recoger, sembrad a imitación del labrador»...

La limosna es el más lucrativo de los negocios, pues libra del pecado y consigue el premio de la vida eterna. «Dad pan y recibiréis el Paraí-

so; dad poco y recibiréis mucho; dad lo que es perecedero y recibiréis lo eterno» (S. J. Crisóstomo).

3.° *Amando el dolor.* Los padecimientos son el camino del cielo. Así lo dijo Cristo a los discípulos de Emaús: «*¿Por ventura no debía Cristo padecer, y así entrar en su gloria?*» (Lc. 24, 26). «*Por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de los cielos*» (Hech. 14, 21).

Jesucristo quiso hacerse hombre para poder sufrir por el hombre, y por medio del dolor redimirnos del pecado. El triunfó del dolor y de la muerte, pues resucitó para nunca más morir. Nuestro camino es el de Cristo: sufrir y morir juntamente con El para triunfar resucitados, y así gozar eternamente con El. «Por la cruz a la luz»...

Por eso «cuando se sufre debemos hacer intención de sufrir por Cristo y unir nuestros dolores a los suyos para ser portadores de méritos redentores» (Pablo VI).

Juan Pablo II en los días de Cuaresma (marzo 1981), dijo: «Queridos hermanos y hermanas que sufrís, que os sentís en desventaja física, ayudad con la oración y con el sacrificio de vuestros sufrimientos, de vuestra suerte dura, a los que están enfermos del alma. A veces ni lo saben, no se dan cuenta de lo enferma que está su alma inmortal. Han adormecido su conciencia y endurecido su corazón. ¡Ayudadles a que les llegue la voz de Dios viviente, la voz que hable en la cuaresma con el sacrificio de la cruz de Cristo!».

El sufrimiento bien llevado y ofrecido a Dios es un gran apostolado. «Más almas se convierten

con el dolor que con los más brillantes sermones»...

El que sabe sufrir va por el camino de la santidad. Tengamos presente que *«Cristo padeció por nosotros»* (1 Ped. 2, 21) y nos dijo: *«Quien no carga con su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo»* (Lc. 14, 27). Esto nos da a entender porque los santos se gloriaban en el sufrimiento...

Hermoso es saber que *«los sufrimientos de esta vida son insignificantes con relación a la gloria que nos espera»* (Rom. 8, 18, 28)...

«El misterio del dolor humano se esclarece contemplando el misterio del dolor divino» (Gar-Mar). (Véase mi libro: *«Problema del dolor o lágrimas de oro»*).

4.º *Viviendo como peregrinos.* «Esta vida no es la vida verdadera, sino *vida mortal»* (S. Bernardo). *Somos peregrinos...* lo que quiere decir que no está aquí nuestro destino. El carácter de peregrinación es el que da sentido a la vida... Vamos a la ciudad fija, a nuestra Patria para establecernos definitivamente en ella.

«¿Qué son los bienes de la tierra, que sólo se pueden gozar en la peregrinación que hacemos en el destierro de esta vida, y han de desaparecer en la entrada de la otra como desapareció el maná a la entrada de la tierra de promisión?» (P. Nieremberg).

Nuestro cuerpo es llamado una «casa» y una «tienda» con relación al alma inmortal que lo habita. Un día será destruido por la muerte, pues es móvil e inestable como las tiendas del desierto que se llevan consigo según se va peregriando...; mas nos espera una mansión eterna: el cielo.

Mientras nos veamos precisados a vivir en el mundo, nos hemos de considerar como extraños y peregrinos, **pues nuestra verdadera** Patria es el cielo. *«El tiempo es corto, los que gozan del mundo vivan como si no gozasen, y los que usan de él, vivan como si de él no usasen, porque el aspecto de este mundo pasa rápidamente»* (1 Cor. 7).

Los bienes de la tierra son pasajeros y vanos. El cielo lo hemos de conquistar con el desprendimiento de todos los bienes de la tierra, aspirando a los imperecederos y eternos.

San Agustín dice: La tierra no es más que un destierro, «una cárcel»; y, sin embargo, esta cárcel es ya bella y agrada; ¿qué será, pues, la Patria?»

«¡Cuán vil y despreciable me parece la tierra cuando miro al cielo!», exclamaba San Ignacio de Loyola.

5.º *Viviendo ante todo en gracia de Dios.* Aquí por «gracia» queremos significar un don «sobrenatural», una ayuda que Dios nos concede para que podamos santificarnos y alcanzar la vida eterna.

Así como el pájaro no puede volar sin alas, y el astrónomo no puede sin el auxilio del telescopio distinguir los astros que la simple vista no alcanza, así nosotros no podemos nada en orden a nuestra salvación ni podemos alcanzar la vida eterna sin el auxilio de la gracia.

Vivir en gracia es vivir en unión o amistad con Dios, es decir, unidos a Jesucristo como el sarmiento a la vid. La gracia es una *savia divina* que viene de Jesucristo. Lo entenderemos con esta comparación: La rama de un árbol saca la

savia del tronco y de la raíz del mismo. Si se cortara esa rama, al ser separada del tronco del árbol se secaría, porque ya no circularía por ella la savia. Pues bien, si uno comete un pecado mortal, entonces queda apartado de Jesucristo, como un sarmiento cortado y separado de la vid, y por tanto ya no circularía por él la savia divina de la gracia.

Jesucristo nos lo dice así en su Evangelio: «*Yo soy la vid verdadera... permaneced en Mí y Yo en vosotros: Como el sarmiento no puede dar fruto de sí mismo, si no permanece en la vid, tampoco vosotros, si no permaneceréis en Mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en Mí y Yo en él, ese da mucho fruto, porque sin Mí no podéis hacer nada*» (Jn. 15, 1-6).

El alma en gracia es un alma limpia de pecado. El pecador recibe por primera vez la gracia en el bautismo, y si peca después del bautismo, si se vuelve a Dios por el arrepentimiento y confesión de sus pecados, queda limpio de pecado y revestido de la gracia divina.

Hay dos clases de gracia: la llamada *actual*, que tiene el carácter de don o auxilio *pasajero*, y puede llegarnos a través de una charla, un sermón, una buena lectura o por una muerte repentina de alguna persona amiga, etc., de las que Dios puede valerse para incitarnos a movernos al salir del pecado y obrar el bien. Y hay otra gracia llamada «*habitual o santificante*», que viene a ser como un «ser divino», algo que viene a nosotros y nos transforma, nos cambia como la bombilla cuando viene corriente eléctrica, que queda cambiada, brillante, resplandeciente.

De esta gracia que nos justifica borrando los pecados, haciéndonos hijos de Dios y herederos del cielo, vamos a hablar ahora, dedicándole el capítulo siguiente, que tomo de mi obra «*Siembra el bien*», en el que resumo una explicación con la mayor claridad posible y los efectos de la misma.

GRACIA HABITUAL O SANTIFICANTE

¿Qué es la gracia santificante? Es un don sobrenatural —interior— y permanente, que Dios nos concede —por mediación de Jesucristo—, para nuestra salvación.

1. *Es un don sobrenatural.*

Sobre-natural, quiere decir por encima de la naturaleza humana, que excede las exigencias y méritos de la misma.

Un cuerpo y un alma: he ahí al hombre en el orden natural; *un cuerpo* y *un alma,* y además *la gracia santificante:* he ahí al hombre en el orden sobrenatural. El cristiano, que vive en gracia, posee no sólo la vida vegetativa, sensitiva e intelectiva, sino la vida sobrenatural.

La vida *sobrenatural* es algo añadido a la vida natural.

Un ejemplo práctico nos lo hará comprender:

El profeta Balaam, enviado por el rey Moab a maldecir a los israelitas, fue un día en su borriquilla. Mas he aquí que un ángel con una espada se puso delante en su camino, negándose el animal a avanzar. Furioso el profeta le pega con su bastón. La borriquilla habló entonces dicien-

do al ciego profeta «*¿Qué he hecho yo para que así me pegues?*» (Núm. 22).

Una borriquilla que habla: ¡Qué sorpresa! Que haya sentido el palo no tiene nada de particular, porque la sensibilidad le es natural. Mas ¡que un animal empiece a hablar! El lenguaje es un algo añadido a su naturaleza, un algo *sobrenatural*. Este algo *sobrenatural* en el hombre es la gracia santificante, que comunica al alma una vida divina, una vida elevada que nos asemeja a Dios.

La gracia santificante es, pues, un don *sobrenatural*. Aventaja a todos los bienes naturales de hermosura, riquezas, placeres... «*Todo el oro en su comparación es un poco de cieno*» (Sab. 7, 8 s).

2) *La gracia santificante es un don interior, invisible*. No es tu modo de vestir lo que me dice que estás en gracia; no son los rasgos de tu cara, ni tu posición social... ¡Cuántos hay que siendo el blanco de los honores del mundo, no poseen la gracia...! Y, sin embargo, ¡qué alma más grata a Dios tapan unos harapos...! La gracia es un don inferior infundido al alma sola.

3) *La gracia es un don permanente*.

La gracia santificante reside en ti mientras no cometas un pecado mortal. ¿Cabe decir otro tanto de los biens naturales? ¡Desgraciadamente, la muerte te lo arrebata todo! Al morir, bórrase tu hermosura, se esfuman las dignidades y honores, y al sepulcro baja sólo tu cuerpo para ser pasto de gusanos.

Margarita de Cortona, en sus mocedades, buscaba a su seductor, y al fin lo halló cadáver, ya en descomposición. Corren abundantes sus lá-

grimas, mas luego se convierten en llanto de arrepentimiento. «Insensata, se dice, ¡aquí tienes lo que preferías a Dios! Desde aquel día, convertida en penitente, se está vestida de harpos, a las puertas de la ciudad que escandalizó con su mala conducta, y pide perdón a todos los transeuntes.

Margarita ha comprendio que los bienes naturales *pasan*, mientras la gracia santificante *permanece;* recupera el estado de gracia, y concluye por ser una santa.

4) *La gracia santificante nos es otorgada para conseguir nuestra propia salvación.* Esta gracia difiere de los carismas: don de milagros, de profecía y de lenguas, concedidos para realizar la salvación del prójimo. La gracia supera todos estos dones, porque éstos pueden subsistir con el pecado mortal, y la gracia es incompatible con él.

5) *La gracia santificante nos es dada por mediación de Jesucristo*, quien para enriquecernos de ella se encarnó y nació en un pesbre y pasó vida oculta en Nazaret, y predicó el Evangelio, y padeció pasión ignominiosa aceptando el suplicio cruel de la cruz: ¡Cuánto sufrió...!, y todo esto por mí, porque viviese en estado de gracia, porque tuviese vida sobrenatural. (*Arami* «Vive tu vida»).

Preguntémonos ahora: ¿Cuánto vale mi alma en estado de gracia? ¡Los sufrimientos, la sangre, la vida del Hijo de Dios...!

Jesucristo ha lavado nuestros pecados con su sangre (Apoc. 1, 5), y así nos dice el apóstol: «*Fuisteis rescatados, no con oro o plata, que son cosas perecedras, sino con la sangre preciosa de Cristo como de un Cordero inmaculado y sin tacha*». (1 Ped. 1. 18.)

«Fuisteis comprados a gran precio. Glorificad, pues, a Dios y llevadle siempre en vuestro cuerpo». (1 Cor. 6, 20.)

Gracia Santifante (Sus efectos)

Si se nos preguntase: en qué consiste la gracia santificante, nos veríamos precisados a decir que no es tan fácil precisarlo, así como no lo es el decir en qué consiste la luz eléctrica y tantas otras cosas. De aquí que intentemos darla a conocer por sus efectos:

1.° *La gracia nos justifca.*

En el momento en que la gracia santificante entra en nuestra alma, ésta queda *justificada*, esto es, purificada de todo pecado, renovada y embellecida.

La «justificaión», según los teólogos, es «el paso del estado de pecado al estado de gracia». Es traslación de muerte a vida (1 Jn. 3, 13), del estado de tinieblas al estado de luz (Col. 1, 3; Ef. 5, 8). Es una renovación interior del alma mediante la infusión de la gracia santificante, la cual nos purifica y nos santifca (1 Cor. 6, 11). Con ella se verifica en nosotros una regeneración, una renovación (Ef. 4, 23), un nuevo nacimiento (Jn. 3, 3).

Por la gracia santificante quedan borrados, suprimidos y aniquilados todos los pecados mortales, el original y los actuales, sean crímenes horrendos o delitos de la clase que sean. Dios no vuelve a acordarse de nuestros pecados (Ez. 18, 22); *nada habrá digno de condenación en el pe-*

cado (Cf. Rom. 8, 1). La gracia y el pecado mortal son incompatibles en el alma.

Como todos nacemos en pecado, para justificarnos o salir del estado de pecado, es menester poner el medio que tenemos para salir de él, y éste es el «sacramento del bautismo», causa instrumental de la primera justificación.

Los niños reciben la gracia de la justificación o gracia santificante en el bautismo sin cooperación alguna personal. Los adultos, en cambio, deben cooperar a *la gracia actual* o primer llamamiento a la conversión, la que Dios da a todos *ordinariamente* por la predicación del Evangelio. Esta siempre nos previene y se nos da gratuitamente, sin mérito alguno de nuestra parte. Mas a esta gracia deberán *cooperar* y disponerse así a hacer lo que Dios quiere, o sea *recibir el bautismo*, y para recibirlo por ser sacramento instituido por Jesucristo, deberán conocerle y tener fe en Él, esto es, creer en su persona y en su doctrina, y por eso dice el Concilio de Trento que «la fe es fundamento y raíz de la justificación».

Esta fe es la *fe teológica o dogmática* que consiste en *creer como verdadera la doctrina revelada de Jesucristo,* y creerla por la autoridad de Dios que la revela.

2) *La gracia nos hace partícipes de la divina naturaleza y nos comunica luz y belleza.*

Por la gracia santificante nos hacemos «*partícipes de la divina naturaleza*» (2 Ped. 1, 4) o del ser divino, entrando así en una inefable comunicación con Él, comunicación misteriosa, pero cierta y real. Por ella se comunica a nuestra alma una vida sobrenatural *semejante* a la vida divina,

quedando como divinizados, según la expresión de Santo Tomás.

«La gracia santificante es como una luz cuyo resplandor borra las manchas de nuestra alma y le comunica una radiante belleza». *(Cat. C. Trento.)*

El que ha obtenido la gracia santificante, se parece a un hombre que se ha puesto vestido nuevo y hermosísimo. Por eso vemos en los Evangelios comparada la gracia santificante a un vestido nupcial, v. g.: en la parábola del convite (Mt. 22) y en la del hijo pródigo (Lc. 15).

He aquí los testimonios de unos pocos santos:

San Juan Crisóstomo: «El que recibe la gracia santificante se cambia espiritualmente, como si un hombre leproso y desfigurado por la enfermedad y la vejez, por un repentino milagro, recobra el aspecto de su juventud y hermosura y quedara adornado con la púrpura y el cetro. Así proveyó y adornó Dios nuestra alma, y la hizo hermosa, atractiva y amable. Los mismos ángeles y arcángeles y todas las demás virtudes y potestades angélicas desean contemplar tal alma.»

San Bernardino de Sena: «Aunque hubiese tantos cielos creados como gotas en el océano, toda su hermosura reunida no será nada, comparada a la de un alma en estado de gracia.»

Santo Tomás de Aquino: «El bien de la gracia de un solo hombre vale más que todos los bienes naturales de todo el universo.» (*Arami* «Vive tu vida»).

3) *La gracia nos hace hijos de Dios y herederos del cielo.* Todos los que son movidos por el Espíritu divino son hijos de Dios Rom. 8, 14). Mas

si somos hijos de Dios, también sus herederos y coherederos de Cristo (Cfr. Rom. 8, 17) *«Ved cuán grande es el amor que Dios nos tiene, puesto que ha querido no sólo que seamos llamados hijos, sino que lo seamos»* (1 Jn. 3, 1). Por la gracia recibida en el bautismo nos hacemos *hijos adoptivos*... Y así con toda razón podemos llamar a Dios *Padre nuestro.*

La gracia es semilla de la vida eterna. «La gracia y la gloria, dice Santo Tomás, son del mismo género, porque la gracia no es otra cosa que el comienzo de la gloria en nosotros... y la gracia que nosotros poseemos aquí abajo contiene en germen todo lo que es necesario para la gloria, como la semilla del árbol contiene todo lo que es necesario para que llegue a ser árbol perfecto.»

4) *La gracia nos hace amigos y hermanos de Cristo.* Entre Cristo y nuestra alma en gracia se establece una amistad sobrenatural e íntima, no pasajera, sino permanente mientras detestemos el pecado y éste no anide en nuestras almas.

«Vosotros dice el Señor, *sois mis amigos si hacéis lo que os mando* (y lo que nos manda es que guardemos sus mandamientos para vivir en gracia...) *Ya no os llamaré siervos, sino amigos»* (Jn. 15, 14-15).

Él mismo nos llama también «hermanos suyos», y así dice San Pablo: *«A los que son santificados, Jesucristo no se desdeñó de llamarlos hermanos»* (Heb. 11, 11) y a la Magdalena dijo: *«Ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre»* (Jn. 20, 17). Él es *«el primogénito entre muchos hermanos»* (Hom. 8, 29).

5) *Por la gracia somos templos del Espíritu Santo y templos de la Santísima Trinidad.*

San Agustín nos dice: «El Espíritu Santo mora, en primer lugar, en el alma del justo y le da la verdadera vida; mas como el alma está en el cuerpo, también él se hace habitación del Espíritu Santo». El Espíritu Santo mora en toda alma en estado de gracia y en ella permanece mientras no se le expulse por el pecado mortal: *«¿No sabéis que sois templo de Dios,* nos dice el apóstol, *y que el Espíritu Santo habita en vosotros?»* (1 Cor. 3, 16)... La Iglesia nos dice que Él es el «dulce huésped de nuestra alma». La Escritura nos exhorta a que *«no apaguemos el Espíritu»* (1 Tes. 4, 19) por el pecado mortal, y a *que no le entristezcamos* por el pecado venial.

Por la gracia santificante *somos templos de la Santísima Trinidad,* y así nos dice San Juan:

«Si alguien me ama» (esto es, si cumple mis mandamientos y está en gracia), *vendremos a él,* (¿quiénes? las tres divinas personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que sólo hacen un Dios), *y estableceremos nuestra morada dentro de él* (Jn. 14, 23) y ¿cómo está en nosotros? Está como Creador, al igual que está en todas las cosas, dándonos el ser, y está como *Conservador,* porque nos comunica la conservación de la existencia... y especialmente como *santificador.*

Nunca estamos solos. ¡Bello pensamiento para nosotros en las horas de tentación, de abandono y de soledad...!

¿Por qué hay tan pocas almas que viven la vida de la gracia? Porque se dejan arrastrar del ambiente y de la corriente del mundo, porque no

meditan en su corazón las verdades eternas..., porque falta decisión para seguir un plan de vida espiritual y frecuentar los sacramentos. Si las almas se sujetaran a una *verdadera dirección espiritual* comprenderían sin duda el valor y la grandeza y la belleza de la vida de la gracia, y no faltarían almas que se consagran al Señor. Él les dice a muchas como un día a la samaritana: «*Si conocieras el don de Dios...*? Pero ellas no escuchan esta voz interior, sino la exterior de los sentidos y del mundo...

¡Vive en gracia! La vida de la gracia es la que merece el verdaero nombre de *vida*, por ser la vida sobrenatural del alma. Esta es la vida por excelencia y la más importante. La vida de la gracia comienza con el bautismo, y el que la perdiera después por el pecado mortal puede recuperarla por el sacramento de la penitencia...

San Agustín dice: «El alma es la vida del cuerpo, y Dios es la vida del alma» *(Trat. de cogn.)*

«El cuerpo muere cuando está separado del alma, y de la misma manera muere el alma cuando llega a estar separada de Dios», o sea, de su gracia o amistad divina. ¡A cuántos, por desgracia, se les puede aplicar aquella frase del Apocalipsis: *Tienes el nombre de viviente, pero en realidad estás muerto* (3, 1). Esto equivale a decir que hay muchos cadáveres ambulantes, porque les falta la gracia santificante que es «el alma de su alma», como comenta el mismo San Agustín.

¿Estás vivo? Hablemos más claramente: ¿Estás en gracia? Si vives, ¡que Dios te conserve esa tu vida! Si te encuentras en estado de pecado mortal, no continúes en él ni un segundo más. Haz

un acto de contricción perfecta, con la promesa de confesarte cuanto antes. Y recuperarás la vida» *(Arami).*

¿Hay mucha diferencia entre el que vive en gracia y el desposeído de ella? «Entre el habitante de ciudad más refinado, pero privado de la gracia santificante, y el pobre campesino que se halla en gracia, hay una enorme diferencia; pero la ventaja de esta diferencia la lleva el pobre campesino. En el caso de que un rico perdiera la gracia sobrenatural y que un pobre estuviera adornado con ella, el pobre es rico y el rico es pobre; el pobre está vivo, el rico está muerto.»

¿Está al alcance de todos la gracia santificante? Sí, lo está al alcance del joven y del anciano, del rico y del pobre... y esta gracia santificante o vida sobrenatural del alma es *fácil y llevadera.* ¿Qué se requiere para vivir en estado de gracia? Guardar los mandamientos. ¿Es esto difícil? No; *«sus mandamientos no son pesados»* (1 Jn. 5, 3). Al contrario, pesado es el yugo de los pecadores.

La Escritura haciéndose intérprete de éstos se queja así: *«Nos hemos consumido en la vida de la iniquidad y perversidad, y hemos seguido caminos difíciles»* (Sab. 5, 7)... El pecador sigue caminos penosos, y es a modo de latigazo este reproche de la *Imitación.* «Por cosas vanas y por una corta promesa, no temen fatigarse de día y de noche. En cambio, ¡oh vergüenza!, cuando se trata de un bien inmutable (la gracia santificante), de una gloria imperecedra, niéganse cobardemente a hacer el menor esfuerzo.»

La felicidad eterna

Dios nos ha revelado que estamos destinados a una felicidad eterna. Él nos ha dado «*un número contado de días, nos ha dado inteligencia, oídos y ojos para ver la grandeza de sus obras, y para que alabásemos su santo Nombre, y nos ha dicho: Guardaos de toda iniquidad*» (Eclo. 17, 3 ss), y nos ha dicho: «*Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el hombre todo*» (Eclo. 12, 13). Esta es su razón de ser, para esto fue creado a fin de lograr la vida eterna. Jesucristo nos lo dice así: «*Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos*» (Mt. 19, 17).

Además nos dice que en medio de las tribulaciones vivamos alegres, porque «*por muchas hemos de entrar en el cielo*» (Mt. 5, 12).

Mas para poder cumplir con perfección los mandamientos nos es necesario el auxilio de la gracia. San Juan Crisóstomo lo dice así: «La voluntad del hombre no basta si no cuenta con el auxilio sobrenatural». Jesucristo lo dijo: «*Sin Mí nada podéis hacer*» (Jn. 15, 5). Sin la ayuda de Dios nada podemos: «*Nuestra suficiencia,* dice San Pablo, *nos vienen de Dios*» (2 Cor. 3, 5).

No es la tierra sola la que produce las plantas, sino el sol con la tierra... Sin el auxilio del Espíritu Santo nos acaece, apesar de todos nuestros esfuerzos, lo que a los apóstoles la noche de la pesca milagrosa. Por sí solos no hicieron nada, hasta que en nombre de Jesús lanzaron la red (Lc. 5, 5).

Dios ha creado al hombre libre (Eclo. 15, 14), y delante de él ha puesto el bien y el mal. Para que la gracia le sea provechosa debe corresponder a ella obrando el bien... Dios excita y da la gracia para hacernos querer; nosotros debemos corresponder a ella. Es, pues, necesaria, la gracia y nuestra cooperación...

Si conocieras el don de Dios...

Seguiremos hablando de este don o gracia divina. Hermoso es el diálogo entablado entre Jesús y la mujer samaritana. Una vez que Jesús hizo ver a esta mujer que conocía su interior y le manifestó sus pecados y que el agua del pozo de Jacob no apagaría su sed, sino el «agua viva» que Él le daría, que era precisamente el don de la gracia, la samaritana exclamó: *«Veo que eres profeta... dame de esa agua...»*. Esta agua viva es la que aplaca la sed de los placeres terrenos, y se convierte en manantial inagotable de vida eterna.

La gracia es la vida sobrenatural del alma, y, como ya hemos dicho, es también la semilla y el manantial de la gloria, y así como de la semilla nacen los árboles, los frutos y los granos, así de la gracia nace la felicidad de la gloria eterna...

La obra de la gracia es elevar al hombre a la visión intuitiva de Dios... San Pablo teniendo su alma inundada de la gracia, exclamó: *«Todas las cosas de este mundo las considero como esiércol, a fin de ganar a Cristo»* (Fil. 3, 8), y a San Ignacio de Loyola esta gracia divina le hizo decir:

«¡Qué despreciable me parece la tierra cuando miro al cielo!».

¡Cuánta es la excelencia de la gracia! Jesucristo que es «la Vida» por esencia, llama a su gracia «agua viva», porque viene del cielo y a él nos conduce... La gracia, simiente de la gloria, hace que el hombre, como dice San Jerónimo, se convierta en cierto modo en Dios. Dios se comunica con su gracia y se da Él mismo al justo, y con esta comunicación eleva al alma y la transforma en sí mismo, haciéndola divina...

La gracia es tan noble y tan sublime que sobrepuja la naturaleza de los ángeles y de los hombres, y es tan infinitamente superior que no puede hallarse ninguna sustancia creada que sea de la misma naturaleza que la gracia, según enseñan los teólogos, porque la gracia participa de la divinidad en sumo grado, grado que aventaja todas las cosas creadas y toda la naturaleza.

Por la gracia, pues, el hombre es elevado y pertenece al orden no angélico, sino divino; se hace participante y aliado de la naturaleza divina, por medio de la cual Dios nos adopta como hijos y herederos suyos..., haciéndonos participar de su santidad y hermosura...

Medite el pecador cuánto ha perdido perdiendo la gracia por un vil placer o un vil interés, y procure en esforzarse sin dilación a obtenerla de nuevo, poniendo luego todos los medios por conservarla y aumentarla...

¡Oh, si tuviéramos fe, de cuán distinto modo obraríamos! ¡Cómo evitaríamos todo pecado, ya que con él se pierde un bien superior a todos los bienes de la tierra...!

¿En qué consiste la felicidad o bienaventuranza eterna?

Por lo que llevamos dicho de la gracia divina podemos darnos ya una idea de la grandeza de esta felicidad eterna, pues por la gracia hemos sido justificados y elevados y hechos idóneos para participar del modo de vivir propio de Dios y de verle un día en el cielo.

«*Ved qué amor nos ha mostrado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios, y lo seamos... Carísimos, ahora somos hijos de Dios, aunque aún no se ha manifestado lo que hemos de ser. Sabemos que, cuando aparezca, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es*» (1 Jn. 3, 1 ss).

El cielo (que recibe varios nombres: *Gloria, vida eterna, Reino del cielo, Jerusalén celeste,* etc.) es el lugar de la verdadera y suprema felicidad. La fe nos dice que los que mueren en gracia y están purificados de sus pecados van al cielo, donde han de gozar de la bienaventuranza eterna.

Por la Sagrada Escritura sabemos que la bienaventuranza objetiva no consiste ni en los bienes creados ni en los placeres ni en las riquezas ni en la posesión de este mundo (1 Jn. 2, 15; Mt. 16, 26); más aún, que todos los placeres de este mundo son vanidad y aflicción de espíritu (Ecl. 1, 2), y nos propone a Dios y a Dios solo, como el sumo bien: «*Esta es la vida eterna, que te conozcan a Ti, único Dios verdadero*» (Jn. 17, 3) y como fin último del hombre: «*Yo soy el alfa y el omega, principio y fin*» (Apoc. 1, 8). Por tanto nuestra

felicidad consiste en la posesión del sumo bien, que es Dios, el cual sólo es necesario y suficiente para hacernos felices.

San Agustín ya nos lo dijo así: «Nos hiciste para Ti e inquieto está nuestro corazón hasta que descanse en Ti... Él será el fin de nuestros deseos, y será visto sin fin, amado sin hastío, y alabado sin cansancio... Allí descansaremos y veremos; veremos y amaremos; amaremos y alabaremos. He aquí la esencia del fin sin fin.»

Dios nos eleva tanto por su gracia que nos dará su misma felicidad y nos hará en cierta manera como dioses por participación de su misma vida divina... Dios es infinitamente feliz por sí mismo: nosotros lo seremos por Él, porque nos hará partícipes de todas sus riquezas.

En consecuencia: resumiendo la doctrina teológica sobre la felicidad del cielo, diré que ésta consiste:

1.º *En la posesión perfecta de todo bien.* La felicidad *esencial* de los bienaventurados en el cielo consiste en *la visión beatífica* de Dios, origen y fuente de todos los bienes. Por esta visión, como dice el apóstol, *ven claramente a Dios* «cara a cara» (1 Cor 13, 12), «así como es» (1 Jn. 3, 2), *le poseen, le aman y gozan de Él.* Esta posesión de Dios lleva consigo el gozo de una vida sobrenatural, posesión de una felicidad plena y perfecta sin límites.

El Concilio de Florencia dice: «Las almas... son inmediatamente recibidas en el cielo y ven claramente a Dios mismo Trino y Uno, tal como es» (D. 693).

2.º *En la carencia absoluta de todo mal.* En

el cielo ya no tendrán hambre, ni sed... Dios enjugará de sus ojos todas las lágrimas: ni habrá ya muerte, ni llanto, ni dolor (Apoc 7, 16; 21, 4).

En el cielo tampoco podrán pecar los bienaventurados, porque su voluntad se halla de tal modo confirmada en el bien por una íntima unión de caridad con Dios, que les es moralmente imposible apartarse de Él por el pecado.

3.º *Su eterna duración*. Jesucristo nos ha dicho: *Los justos irán a la vida eterna* (Mt. 25, 46).

La felicidad del cielo es inenarrable; el hombre con sus fuerzas naturales no puede comprenderla. *Ni el ojo vio y ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios ha preparado para los que te aman* (1 Cor. 2, 9)... ¡cuántas cosas bellas hemos visto, en la naturaleza, en las grandes ciudades, cuánta hermosura en el firmamento! y sin embargo, a pesar de tantas maravillas como hemos visto, oído y concebido, todo palidece ante la grandeza y felicidad del cielo...

Bien podemos recordar aquí el dicho de San Agustín: «La tierra no es más que un destierro, «una cárcel»; y, sin embargo, esta cárcel es ya bella y agrada; ¿qué será, pues, la Patria?.

Dios, pues, es el centro de la felicidad. Sólo Dios llena el corazón del hombre. Las ansias infinitas que hay en el hombre de felicidad, sólo las puede llenar el que las ha puesto en nosotros: DIOS.

Sobre la «visión de Dios»

Hemos de notar que «naturalmente» hablando nadie puede ver a Dios (Jn. 1, 18; 1 Tim. 6, 16);

pero no «sobrenaturalmente», porque así es posible la visión de Dios. La Iglesia ha definido la «existencia de la visión beatífica» y de ella nos habla claramente la Biblia, como lo testifican los textos citados.

Ahora en esta vida nuestro conocimiento es imperfecto mas en la otra vida será claro y veremos a Dios tal cual es. Dios capacitará nuestro entendimiento para el acto de su visión con una luz especial que llaman los teólogos *lumen gloriae*. (Véase Dz. 530, 693, 696.)

¿Cómo hemos de vivir ahora?

Con la esperanza de la vida eterna. He aquí las palabras del Vaticano II: «Vivimos con la esperanza de que un día como hijos de Dios apareceremos con Cristo en aquella gloria (Col. 3, 4) en la que seremos semejantes a Dios, porque le vermos tal cual es (1 Jn. 3, 2). La visión de Dios es posesión y gozosa intimidad con Él, que es fuente y centro de todos los bienes indescriptibles» (LG. 48). Hemos de vivir con la esperanza de esta gran promesa, sabiendo sufrir con alegría las cruces de esta vida, teniendo por cierto que:

Los padecimientos de la vida presente no son nada en comparación de la gloria futura que se ha de revelar en nosotros (Rom. 8, 18).

Para ser feliz en ésta y en la otra vida es necesario seguir el camino enseñado por Jesucristo, que es el que nos lleva a Dios. Delante de nosotros hay dos caminos: el que nos lleva a Dios es estrecho, es de los vencimientos o de la cruz, el

de las Bienaventuranzas, el de los Mandamientos divinos...

El camino del vicio es ancho, sólo hay que ponerse en la pendiente para ser arrastrado por él. Jesús dice: «*Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición y muchos son los que entran por él. ¡Qué estrecha es la puerta y qué angosto el camino que lleva a la vida, y cuán pocos los que dan con él!*» (Mt. 7, 13-14).

Muchos buscan la dicha en las pasiones; pero seguirlas es pecado, y la dicha no se halla en el pecado... Hemos de ir por el camino de los vencimientos y contrariar las pasiones que arrastran al mal. «*El reino de los cielos sufre violencia y los esforzados lo arrebatan*» (Mt. 11, 12).

Glorifiquemos a Dios

Nuestra misión en esta vida es glorificar a Dios.

San Jerónimo nos dice: «El hombre ha nacido para que conociendo a su Creador, le glorifique con temor y homenaje cumpliendo sus mandamientos», y así pueda ser eternamente feliz.

¿Qué entendemos, pues, por dar gloria a Dios? ¿Qué es *gloria*? La gloria de que hablamos, diremos primeramente con San Agustín, es «clara cum laude notitia», esto es, el *conocimiento claro* de las buenas cualidades que posee un ser, y como consecuencia *la alabanza* que de este conocimiento brota.

Por tanto, *la gloria de Dios* es el conocimiento de sus cualidades o perfecciones: de su divini-

dad, de su poder, de su sabiduría, inmensidad, bondad..., y como consecuencia alabarle por tanta magnificencia y a su vez por tantos beneficios que ha derramado sobre nosotros.

En resumen: Glorificar a Dios *es conocerlo*, o sea, reconocer su excelencia y la necesidad que de El tenemos, y luego *amarle y servirle* en todo momento, y *darle gracias*, como dice San Agustín, por los grandes beneficios de naturaleza y de gracia que de El hemos recibido.

¿Cómo glorificar a Dios?

A Dios le glorificamos «proclamándolo, no haciéndolo», pues El es eternamente feliz, y no necesita nada de nosotros. Es cierto que a Dios no le añade nada nuestra alabanza, y en sí, ¿qué le puede importar a Dios que le demos gloria? En sí ciertamente a Dios no le importa nada, pero nos importa a nosotros y nos interesa para nuestro bien.

«Dios, dice San Juan Crisóstomo, quiere ser glorificado para nuestro bien, porque El no necesita ser glorificado. ¿Cuánta diferencia crees que hay entre Dios y los hombres? ¿Quizá la que hay entre los hombres y los gusanos? Poco he dicho señalando esta diferencia. Porque ni siquiera se puede expresar la diferencia que hay.

¿Acaso querrías ser tú altamente glorificado por los gusanos? De ninguna manera. Por tanto, si tú, que amas la gloria no quieres tal cosa, aquel que se ve libre de tal pasión y está muy por encima de ella, ¿cómo puede necesitar que tú le glorifiques?»

Y San Agustín nos dice: «Te sugiero un medio para loar, si quieres todo el día a Dios. Haz bien cualquier cosa que hagas, y habrás alabado a Dios... La gloria de Dios, hermanos, es gloria nuestra... No crece Dios con nuestras alabanzas, sino que crecemos nosotros. No se hace mejor Dios si le alabas, ni peor si le vituperas; pero tú alabándole a El que es bueno, te vuelves mejor; y vituperándole, te vuelves peor. El seguirá siendo bueno como lo es ahora».

Habiendo sido creados nosotros para glorificar a Dios, hemos de tener *intención*, en todas nuestras acciones, de darle gloria.

Por eso nos manda San Pablo: Ya comáis o bebáis o hagáis cualquiera otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios (1 Cor. 10, 13).

San Ignacio de Loyola tuvo siempre por divisa: *A mayor gloria de Dios*.

Bien podemos nosotros con el salmista alabar al Señor e invitar a todos que le alaben: *Alabad al Señor todas las gentes, alabadle todos los pueblos...*

INDICE

Presentación 3
LOS GRANDES PROBLEMAS DEL HOMBRE: 5
La felicidad temporal y eterna, ¿dónde está? 10
Los impíos niegan la vida eterna 12
Los impíos corren tras los placeres . . . 12
Los impíos odian al justo 13
Felicidad de los justos 14
Lamento de los condenados 14
El verdadero aspecto de la vida 15
El triunfo de los justos 16
¿Qué nos dice Jsucristo de la otra vida? . 16
La Escritura nos habla del cielo o vida futura 19
Vivimos con la esperanza de la Buena Noticia 20
¿Cómo hemos de vivir ahora para lograr la felicidad eterna? 22
Gracia habitual o santificante 28
Sus efectos 31
La felicidad eterna 38
Si conocieras el don de Dios... 39
¿En qué consiste la felicidad o bienaventuranza eterna? 41
Sobre la «visión de Dios» 43
¿Cómo hemos de vivir ahora? 44
Glorifiquemos a Dios 45
¿Cómo hemos de glorificarle? 46